

5



Brujerías

espiritistas

IBAGUE
IMP. DE LA ^E DIOCESIS



BRUJERIAS ESPIRITISTAS

Qué hay de verdad
en el espiritismo

Una verdad que yo no niego ni tengo para qué. Que en el mundo, además de los seres que vemos y palpamos, hay otros invisibles que se llaman espíritus, y que, por consiguiente, los bárbaros que dicen que no hay más que materia pura y no existe ni alma, ni ángeles, ni demonios, ni nada que no sea cosa que se toque ó que se coma, son unos pobres zopencos que, aunque tengan alma, merecerían no tenerla de puro majaderos.

De estos señores espíritus, que no deben ser enviados seguramente por el Espíritu Santo, sino por el espíritu infernal, cuando tantos estragos

hacen en el mundo, de estos espíritus voy á hablarte, caro lector. Quiero decirte algo de esta secta diabólica que convierte á los hombres en brujos y nigrománticos, que los separa de Dios y de la Iglesia Católica, que los hace renegar de las antiguas creencias y les hace perder la fe, la moral, y casi siempre hasta la religión y la cabeza, convirtiéndolo á pueblos enteros en inmensos manicomios, en donde hacen oficio de loqueros los diablos, que se burlan y ríen de los espiritistas, y éstos unos pobres desgraciados enloquecidos por las perversas y ridículas doctrinas de su maldita secta.

Y no te extrañe que en pleno siglo xx te venga yo á hablar de brujerías y apariciones, de sortilegios y conjuros. Hay ¡quién lo pensara! en este si-

glo brujos y nigrománticos, magos y adivinos. Y no son de la catadura de aquellas antiguas brujas, viejas repugnantes y asquerosas, que se contentaban con hacer mal de ojo, volar de noche montadas en escobas y reunirse presididas por el diablo en forma de macho cabrío. Aquellas desgraciadas brujas eran cuatro embaucadoras ó embaucadas que no se daban aire ni de filósofas ni de santas. Los jueces de antaño se contentaban con exponerlas á la pública vergüenza, emplumarlas y solfearles un poquito las espaldas para que se dejasen de brujerías y expediciones nocturnas á través de la chimenea, y se dedicasen á trabajar en la cocina.

Pero los brujos de nuestros dias.... ¡oh! eso ya es otra cosa. Dánse aire de sabios y de filósofos, con no ser más que

unos pobres hombres engañados por Satanás. Elevar el espiritismo, que con otros nombres ha sido siempre ocupación de gitanas, pitonisas y brujas, á la categoría de secta filosófico-religiosa; tener comunicaciones con unos espíritus misteriosos, que siempre se han llamado duendes ó demonios, esto es cosa de nuestros días, que tienen la propiedad de reproducir todos los disparates, locuras, herejías ó simplezas de todos los siglos, pero siempre con cierto barniz de falsa ó torpe ciencia; de modo que lo que siempre se llamó magia, brujería, pacto diabólico ó sencillamente juego de manos ó de cubilete, hoy se llama tonta y pomposamente ESPIRITISMO.



¿Qué es el espiritismo?

No se vaya á creer que porque atacamos al Espiritismo, lo hacemos porque sea una invención nueva cuyo objeto y fin aún no se conocen; no, nada de eso, la tal superchería será nueva para los habitantes del Líbano, Ambalema ó Anaimé, pero en sí es casi tan vieja como el mundo.

Ya en los siglos de los Faraones existía, y por medio de sus adivinos tan inspirados por Satanás como los espiritistas de hoy se hacían aquellos fenómenos tan sorprendentes de que nos habla la Sagrada Escritura.

En el pueblo de Israel, co-

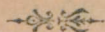
mo en todos los pueblos de entonces, había hechiceras ó pitonisas que hacían profesión y vivían de evocar espíritus y adivinar lo futuro y hablar con los seres de ultratumba, así, poco más ó menos, como nuestros espiritistas y las gitanas de hoy. Y porque esto se hacía por arte de los espíritus malos, Dios se lo tenía prohibido á su pueblo por estas palabras:

«No se vea en Israel quién pregunte á los adivinos ú observe sueños ó agüeros, ni quién sea hechicero, ni encantador, ni quién consulte á los pitones, ó adivinos, ó busque de los muertos la verdad.»
Deuteronomio, (xviii, 10, 11.)
 Ahora bien: el buscar de los muertos la verdad es uno de los principales delitos de los espiritistas profesos, y aun de los novicios ó aficionados, que

se contentan con la respuesta de la tablilla psicográfica bajo el pretexto de *juego de salón*.

El maleficio ó las hechicerías, los oráculos y adivinaciones, son declarados delitos capitales en el *Éxodo* (xx, 18) y en el *Levítico* (xx, 6). Y de que tales delitos hayan acaecido con real y efectivo pacto diabólico, tenemos muchos ejemplos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que no pueden ponerse en duda sin renunciar al nombre de cristiano y negar la fe que se debe á la Sagrada Escritura. Ahora bien: maleficio y oráculo son absolutamente una cosa idéntica con el espiritismo moderno. El famoso Simón Mago, del cual se refiere en los *Hechos de los Apóstoles* que por mucho tiempo había infatuado con sus magias á todo el pueblo de Samaria, no

era otra cosa que un *medium* *espiritista*.



Moderno espiritismo

Pero si quieres saber, lector curioso, el origen de lo que podríamos llamar *espiritismo moderno*, te lo voy á contar brevemente, para que veas las transformaciones que esa maldita secta ha sufrido en el mundo, y cómo detrás de sus picardías siempre está el mismísimo y viejísimo fundador del espiritismo, Satanás, burlador y engañador del hombre desde el mismo Paraíso.

El los Estados Unidos, en la pequeña población de Hydesville, había en el año de 1846 una humilde casa en que se oían durante la noche extraños ruidos. Mr. Wechmann,

que la habitaba, la dejó. Entonces vino á ocuparla la familia Fox, compuesta del padre, la madre y dos niñas, Margarita y Catalina; esta familia, escudándose, como buenos protestantes, con las hojas de una Biblia, se propusieron no turbar su corazón por muchas y grandes que fueran las diabluras que los espíritus hicieran.

Cierta noche en que las niñas, acostumbradas ya á oír ruidos inexplicables, jugaban en una habitación, oyeron que los golpes que daban sobre los muebles eran repetidos en un lugar que no podían determinar cuál era y por álguien á quien no veían. Margarita, animosa y decidida, dijo con voz segura:

—Quienquiera que seas, golpea ahora como yo, contando los golpes: uno, dos y tres.

Inmediatamente fué satisfecho el deseo de la niña.

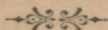
Acudió la señora Fox, á la que sus hijas refirieron lo sucedido, y pidió al sér invisible que se les comunicaba que marcase con otros tantos golpes los años que tenía cada una de sus hijas, en lo que fué obedecida sin tardanza. Hechas algunas otras pruebas en idéntico sentido, las que dieron igual resultado, la familia Fox vió que aquellos agentes desconocidos se mostraban más dóciles cada día á sus pretensiones; establecieron signos convencionales para entenderse con ellos más fácilmente, después un alfabeto, y, por último, llegaron á saber que trataban con los *esíritus*, y que para la humanidad empezaba una nueva era en la que habían de desenvolverse con gran activi-

dad las relaciones entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos.

No pasó mucho tiempo sin que los amigos y compatriotas de la familia Fox acudiesen á experimentar las singulares experiencias que tenían lugar en la casa de los espíritus, y bien pronto en otras muchas se manifestaron éstos haciendo rodar sillas y mesas, inspirando respuestas á los *mediums* ó intermediarios entre los vivos y los muertos, escribiendo frases, dejándose ver en formas diversas y provocando, en suma, todo género de fenómenos.

Antes de muchos años, 60 mil *mediums* se ocupaban en dar vuelos á la nueva ciencia. Desde que comenzó la broma de los espíritus en casa de la familia Fox hasta el día, las *comunicaciones* espiritistas han

sido acreditadas por innumerales prodigios. Ahora son los sillones y mesas que se mueven sin que nadie los toque; en otras ocasiones, los armarios pesados y las grandes piezas de mueblaje parecen atacados de vértigos ó bailomanía.... En tales sesiones se desencadenan estrépitos sorprendentes, armonías feroces, fulgores de luces, sensaciones trocadas.... Quién se ataca de catalepsia, quién se retuerce como un convulsionario, quién grita como un energúmeno, pareciendo semejantes sesiones una vacanal inmundada, en donde el infierno de representa con caracteres se inevitable certeza.



Nada nuevo

De manera que no hay tal novedad en los fenómenos del

espiritismo, sino que son las mismas cosas con diversos nombres, ó como dice el dicho vulgar «los mismos burros con otras enjalmas.»

Ya antes que en la casa de la familia Fox, estos hechos se conocían en Europa con el nombre de magnetismo y sonambulismo, y esos mismos fenómenos que hoy entretienen á los espiritistas, eran los que con otros nombres invadieron en los primeros siglos el Oriente y Occidente, siendo practicados por los etruscos, los griegos, los egipcios, los babilonios, los persas y los indios.

Los negros del centro del Africa, los isleños de algunas regiones de Oceanía, los americanos indígenas, los lapones, los tártaros, los tibetanos y tantos otros como dan culto al demonio, ofrecen ejemplos

patentes en la actualidad de que el espíritu del mal tiene relaciones con ellos.... Con que ya ves que el espiritismo es tan malo como antiguo.

Y no puede ser de otro modo. Cuando se reniega de Jesucristo. cuando se rechaza el Evangelio y se apostata de la Iglesia, que fué la que arrojó del mundo á Satanás, Satanás recobra su imperio, hace presa de las almas y enloquece los entendimientos....; El espiritismo, si Dios no fuera Dios, con Lucifer por padre, se haría señor del mundo!



Juego de cubiletes

A pesar de cuanto te he dicho ya ¡oh lector sensato! acerca de la realidad de los hechos espiritistas, no te vayas á fi-

gurar que á cualquier simple mortal le es dado desde luego ponerse en comunicación con las regiones de ultratumba, charlar ó tomar una copita, lo mismo con el espíritu de Napoleón que con el de Poncio Pilato, ni asistir á cualquiera de esas funciones infernales que á veces celebran los demonios verdaderos para enloquecer á los pobres y chiflados espiritistas.

No; hay en esto mucho de juego de manos, y teniéndolas listas y habiéndolo recibido de Dios ó del diablo medios y chispas para embaucar gentes, cádate que por arte de birlibirlo ó que tiene hecho un gran *medium* espiritista de cualquier charlatán de plazuela ó de cualquier saltimbanqui desvergonzado que se proponga vivir á costa de los bobos. Y para que no me

creas por mis palabras, mira lo que cuenta de estas moji-gangas espiritistas un antiguo espiritista, que merece entero crédito por ser en estas cuestiones testigo de mayor excepción :

«Cuando me convencí de que en el Centro no se hacía otra cosa que lo marcado por los espíritus en las comunicaciones, me propuse explotar la credulidad de los asistentes.... Si se quiere más claro, mi afán de ganar terreno y subir en la consideración de aquellas gentes para hacerme un puesto entre otras, *me inducía á aguzar el ingenio durante el día para dar por la noche comunicaciones que á todos asombraban [y plantear proyectos que no habían de realizarse....]*»

«El fin principal que me movió á aceptar y seguir con

verdadero frenesí el espiritismo, fue, sin duda, porque se avenía perfectamente con mi modo de pensar y me ofrecía numerosos elementos de combate *contra la religión católica*. Por otra parte, sus hechos, *provocados por mí mismo á medida del deseo*, alimentaban la fantasía de mi imaginación.

«Predispuesto como estaba á todo lo que fuera zaherir y molestar á la Iglesia....conseguí sacar de los libros de los espíritus armas poderosas.... Una vez satisfecho de que en el Centro se escuchaban como si fueran palabras de un oráculo las comunicaciones que obtenía y de que se me creía un *medium* portentoso, me decidí á utilizar estas circunstancias y sacar de ellas todo el fruto posible.

«De las diferentes maneras

que, según la doctrina espiritista, pueden comunicarse los espíritus, es una ocasionando en el *medium* un género de síncope, durante el cual habla; lo que habla es la comunicación. De aquí saqué gran partido; unas veces, con los rudimentos que alcanzaba del idioma francés á fuerza de paciencia traducía en esta lengua comunicaciones que antes escribía en castellano, y las aprendía de memoria para después recitarlas en una sesión; como entre los concurrentes había algunos que conocían el francés, y por todos era sabido que yo no entendía de él ni poco ni mucho, porque eran las tales comunicaciones traducidas, y á la par ¡admiradas! Otras veces las aprendía en castellano, las recitaba precipitadamente para que no pudiesen ser copiadas,

y cuando *salía del sueño* oía las lamentaciones de todos por no haber podido conseguir la escritura de mis palabras; entonces nos poníamos á rogar al espíritu que se había comunicado que lo hiciese de nuevo, *yo volvía á dormir* y repetía lo dicho anteriormente con pausas que permitían que fuese escrito.

“¡Esto les parecía prodigioso!

“Otra causa de asombro para los tales era que yo escribiese, *medianímicamente*, se entiende, estando sin luz ó interponiendo un objeto opaco entre los ojos y la mesa; pero si me hubiesen visto en mi casa pasar horas enteras ensayando este juego, á buen seguro que se habrían convencido de que la costumbre puede en esos negocios tanto como sus decantados espíritus. Lo mismo sucedía respecto del

hecho de escribir con la mano izquierda, y el de pronunciar algunas frases y casi sostener una conversación en tanto que tomaban una comunicación escrita.

“ No pretendo yo negar que alguna vez el demonio, transformado en ángel de luz se valga de estos procedimientos ú otros análogos para mantener su fatal reinado sobre el género humano; pero sí digo que *jamás* he observado ningún fenómeno que me conviniese de la materialidad de los hechos.... Por otra parte, el argumento tan removido de que hombres rudos y sin instrucción alguna tratan materias y cuestiones que están muy sobre sus alcances, no merece ni ser escuchado; esos hombres nunca dicen más de lo que saben, y si acaso hablan ó escriben de lo que no

entienden, desbarrando á cada paso, ó diciendo mil tonterías y ridiculeces sin sentido.

“A pesar de todo, como el resultado de estos manejos era siempre favorable á mis designios, y entendía además que todo ello era un poderoso atractivo para las gentes, lo hacía con toda mi voluntad; y cada nuevo individuo que se nos unía era un enemigo más que se levantaba contra la Iglesia....¡Esto me ponía contento! ¿Para qué quería más retribución?

«En otras noches de sesión tenía yo visiones. *Juro* que nunca he visto nada; pero ¡es tan fácil hacer comulgar con ruedas de molino á los hombres! Con sólo quedar inmóvil, fija la vista en un punto y sin pestañear largo rato, estaba terminado el asunto; pasada la primera impresión, al-

go molesta, que ocasiona el contacto del aire con el globo del ojo, podía permanecer ya buen espacio sin mover los párpados. ¡Ahí estaba el secreto, y así creían á pies juntillas cuanto les contaba!

«Si ocurría que alguien pretendiese una comunicación de algún individuo que fué de su familia para mí desconocido, yo procuraba con maña averiguar el nombre del muerto, de tal modo que ni el mismo que pedía la comunicación lo advirtiese; decía ó escribía después lo que calculaba que había de complacer más al sujeto. y al final largaba el nombre de la persona evocada.

No te diré yo, para terminar este capítulo, que *para muestra basta un botón*, ni que todos los *mediums* son unos titiriteros que ven visiones cuando están *alumbrados*....

por el aguardiente; pero me parece que después de lo escrito por un espiritista como el Sr. Huertas, hay razón para escamarse y preguntar: ¿Títeres ó espiritismo?

No soy tan bobo, diré con un insigne escritor ¡oh pobres espiritistas! que crea debidas siempre á causas superiores vuestras maravillas. Nó; mil y mil veces abusáis de la buena fé, de la debilidad y de la imaginación calenturienta de vuestras víctimas. Vuestras comunicaciones han cesado frecuentemente cuando un hombre despreocupado y resuelto se ha decidido á interrumpirlas con un revólver ó una tranca, medios, por cierto muy poco espirituales. La chismografía popular refiere acerca de esto anécdotas muy poco edificantes aunque divertidas. Y si no, ¿por qué envolvéis en las som-

bras vuestros misterios? ¿Por qué no evocáis á la luz del día á vuestros difuntos? ¿Temen el examen del público vuestros aparecidos? El divino Jesús resucitó á Lázaro ante la inmensa multitud del pueblo judío, y nuestros santos han obrado sus prodigios en las calles y plazas. ¿A qué la oscuridad si sois la verdad? ¿A qué recataros de las miradas imparciales? ¿Por qué no nos hablan vuestros espíritus á nosotros, que sabremos responderles ó ahuyentarlos? Jesucristo habló siempre delante de los escribas y fariseos, es decir, delante de un público prevenido contra Él. Si vuestros espíritus desean convertirnos á su enseñanza, á nosotros deben dirigirse, no á vosotros, que les estáis ya entregados en cuerpo y alma ¡Pobres víctimas!



Sueños, locuras y desatinos

Para que veas ¡oh lector! si por acaso estás tocado de la manía ó chifladura espiritista, que ni ignoro tus doctrinas ni las disimulo, voy á ponerte aquí una especie de tu *credo* ó un compendio de tus necesidades. Para refutarlas me bástaría decir á todo *nones*, porque ese señor Allan Kardec, fundador y padre del espiritismo, no es para mí ningún Papa infalible á quien yo deba creer por su bella palabra, y de todo su disparatadísimo sistema él no nos dá más pruebas que sus afirmaciones y sus teorías. Con el

mismo derecho qué él afirma, yo niego y digo que todo cuanto ha escrito no tiene ni base filosófica, ni pruebas de hechos, ni sabiduría ni sentido común, sino que no fué más que un loco que nos dió sus sueños por verdades, y sus locuras por sistemas.

Y si nó, vamos á ver:

¿Quién me asegura la existencia de los espíritus? Allan Kardec.

¿Quién me responde de que realmente tales espíritus han revelado algo? Allan Kardec.

¿Quién me certifica que lo que dice Allan Kardec es lo mismo que revelaron los espíritus, si algo revelaron? Allan Kardec.

¿Quién, finalmente, sale por fiador de la infalibilidad de dichos espíritus, ya que, según el mismo autor, hay espíritus malos y engañadores que se

complacen en burlarse de los hombres? Allan Kardec.

De modo que nunca salimos de esta primera dificultad: los espíritus y su doctrina tienen su editor responsable para el público en Allan Kardec. Y de este buen sujeto, ¿quién responde? Nadie, que sepamos.

Pues mientras ese señor de Kardec no nos dé más pruebas ni haga otros milagros de confirmación de sus doctrinas, digo que no lo creo, y que si en realidad ha tenido trato con espíritus, deben ser de los espíritus burlones y maleantes, pues ni los habrá conocido *por la cara*, ni las cosas que le han revelado son propias más que de gente disparatada y loca, llena de contradicciones y con ninguna base ni aun de sentido común.

Y si no, vamos á examinar brevemente, ya que los límites de un opúsculo no permite otra cosa, nada más que el punto capital de la doctrina espiritista.

Dios, dicen los espiritistas, creó desde *ab aeterno* innumerables espíritus que no eran ángeles ni demonios sino puramente espíritus humanos, esto es, aptos para informar cuerpos humanos. Los mismos brutos están destinados á ser, con el tiempo, racionales, ó sean verdaderos hombres. Esta doctrina nos dá la clave del *bestial* amor con que los espiritistas promueven las sociedades protectoras de los animales, puesto que todos, brutos y hombres, buenos y malos, habrán de alcanzar, según ellos, la bienaventuranza, esto es, una perfección personal, y con ella un estado tran-

quilo y lleno de goces naturales.

Para llegar á la perfección, continúan los espiritistas, no hay necesidad de gracia sobrenatural, ni de la fe en Jesucristo, ni de nada de lo que la Iglesia enseña. El gran medio de purificación consiste en la *encarnación* en cuerpos humanos, y en la vida terrena con sus pruebas y sufrimientos.

De modo que, encarnándose las almas una ó más veces, se purifican poco á poco, se van limpiando de las escorias del vicio y satisfacen la pena de sus culpas. Sin contar que aun después de salidas de los cuerpos, si continúan imperfectas, permanecen en un estado de prueba, en el cual cada una de ellas, según su buen ó mal querer, aprovecha más ó menos en la perfección. Al-

gunas, aun en la otra vida, se obstinan en la maldad y necesitan mayor número de *metempsicosis* ó reencarnaciones para asentar el juicio. Pero al fin todos se convertirán y serán perfectos y bienaventurados; ni aun los más desenfrenados malhechores tienen que temer otra cosa más que un retardo de felicidad común, ó sea un giro mayor de vidas terrenas en cuerpos humanos ó bestiales.

Dejemos á un lado que esto destruye por completo todo el dogma católico, que, gracias á Dios, tiene en su apoyo tales razones, que en vano las quieren refutar las sandeces espiritistas.

Omito que todas estas fábulas viejísimas de la trasmigración de las almas están refutadas por todos los filósofos que no han merecido ir

á un manicomio, y solo pregunto yo á los espiritistas cómo han averiguado ellos lo que todo el mundo ignora y niega á pies juntillas. Porque yo creo, como todo el mundo, que mi alma es mía con mi cuerpo *mi yo*, ó séase mi persona. Pero nada; estos señores han averiguado, no se sabe cómo, que no, que mi alma no és exclusivamente mía, sino que, si ahora es mía, mañana puede ser de mi abuela ó de Perico el de los Palotes, y que en su viaje de *reencarnaciones* lo mismo que puede ir á parar á un santo que á un ladrón, á un Salomón que á un burro bípedo y á un cuadrúpedo, ó digámoslo más claro, á un espiritista.

¿Cuántas veces andará mudando de cuerpos, como de camisas, este mi desdichado espíritu? Nadie lo sabe, ni los

espíritistas tampoco. Pero lo cierto es, según ellos, y esto deben saberlo de buena tinta (aunque no lo prueben), lo cierto es que el espíritu que hace quince siglos fué San Agustín, doce siglos después fué quizá Lutero, y un siglo atrás fué tal vez Luis XVI, y hoy es quizá Bismarck, ó Sagasta, ó León XIII. Tú que ahora me lees, desgraciado mortal, fuiste talvez un día Alejandro, Santa Teresa de Jesús, y serás talvez dentro de cuarenta años bailarina de cancan, por más que te pese. Nadie está seguro de lo que fué su espíritu ni de lo que habrá de ser. Así lo enseña el espiritismo (por supuesto, sin probarlo). ¿Puede refutarse en serio esta filosofía? ¿No es una vergüenza que en nuestro siglo se presente como novedad la metempsicosis ó trans-

migración de las almas, que cayó ya de vieja antes de Jesucristo sin necesidad de que nadie la refutase?

Y no se contenta aún el espiritismo con todo este cúmulo de disparates. Le parecen pocos, y afirma seriamente que los espíritus pueden emigrar lo mismo á un jumento que á un repollo ó una lechuga.

Quijotadas.

¡Válgame Don Quijote de la Mancha! ¡Cómo no nace hoy un nuevo Cervantes para emprenderla con su sátira mordaz contra tanto follón y malandrín espiritista ó espiritado! Sospechábamos hasta ahora que en la pobre cabalgadura que pacientemente nos lleve á cuestras podía existir *reencarnado* nada menos que el

espíritu de un filósofo famoso ó de uno de sus abuelos; podíamos presumir, como aquella dama espiritista, que el espíritu de su hijo muerto en la cuna había transmigrado al cuerpo de su perrito faldero; todo esto era ya estupendo, maravilloso, piramidal; ¿quien había, empero, de imaginar que hasta en las plantas tuviesen lugar tales reencarnaciones y transmigraciones? «¡Pobres plantas! No las tronchéis, pues talvez al troncharlas producís un dolor en algún ser querido que en ellas existe y siente.» Así lo dice el espiritismo. No comeré en mi vida repollos, espárragos ni tomates, por temor de incarnar un diente en algún pobre espíritu de algún prójimo infeliz que en ellas se haya *reencarnado*. No partiré un melón; ¿quien sabe si clavaría el cu-

chillo en las entrañas de mi madre? No arrimaré tizones á mi chimenea: ¿quien sabe si lo que allí chisporrotea son los amigos perdidos en mi juventud? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

¡Sublime filosofía que se llamará en adelante la filosofía del ¡quien sabe! ¿Por qué no acaban los espiritistas diciendo: Quién sabe si nosotros soñamos despiertos y si andamos con nuestro espiritismo, caminito, caminito del manicomio?

¿Dios, ó Satanás?

¿Cómo se llamará la causa inteligente y malvada de los fenómenos espiritísticos? Todo cristiano lo ha nombrado ya en su corazón: es el diablo. Dios nos ha revelado que el diablo va girando á nues-

tro alrededor como león rugiente que busca á quien devorar,» y que, «así como sedujo á nuestros primeros padres bajo la figura de serpiente, así también se revuelve ansioso de seducir á todos los mortales.» Sabemos por la Biblia que el demonio es enemigo de la naturaleza humana, y que Dios, en su inescrutable providencia, permite que el diablo pueda tentar á los mortales para prueba y mérito de éstos. Los doctores católicos (y también muchos protestantes) atribuyen de consuno los fenómenos espiritistas á la acción diabólica. Y, en efecto, ¿qué espíritu inteligente y malvado podemos imaginarnos capaz de producir fenómenos, casi siempre propios de pícaros y de viles charlatanes, y muy á menudo nocivos al hombre,

indecorosos, obscenos, impíos, destructores de la Religión cristiana y perjudiciales á la Iglesia? Ciertamente no son los ángeles, ni tampoco las almas justas de los difuntos, ya estén purgando en el lugar de la expiación, ya sean bienaventuradas en el cielo. Las almas santas no obran como los embaucadores grotescos, no impelen al vicio, no detestan la verdad revelada, no predicán una doctrina destructora de la Biblia y de las tradiciones cristianas y hasta de la Religión natural; no disparatan ni se contradicen, no dicen hoy una cosa y mañana otra, ni ponen en el cielo á los tunantes y bribones, ni canonizan á los perdidos ni á las *traviattas*.



Más claro.

Pongamos este argumento más en claro, para que lo entiendan hasta los espiritistas. O son farsa, ó son verdad vuestros espiritismos.

Si son farsa, ya no hay para qué entretenerse en refutarlos; serán juegos de manos como los de cualquier saltimbanquis.

Si son realidad, ó son realidad que proviene de Dios, ó nó.

No proviene de Dios, claro está; de Dios no puede provenir lo absurdo y contradictorio; de Dios no puede provenir una doctrina perversa.

sa que le hace origen del mal, que destruye la libertad humana, la responsabilidad, y de consiguiente la moralidad de las acciones humanas; que mina por su base el orden social fundado en la ley y en la justicia. No puede ser de Dios lo que conduce directamente al fatalismo y á la negación de la otra vida bajo el pretexto de explicarla. No puede ser de Dios lo ridículo, lo tonto, lo inmoral y lo antisocial. Es así que la doctrina en que se fundan las operaciones espiritistas es todo esto: luego no proceden de Dios las operaciones espiritistas. Desafío á todos los espíritus juntos de este y del otro mundo á que me desaten ese nudo.

Luego las operaciones espiritistas no son obra de Dios. Luego son obra de algún otro sér que tiene poder bastante

para producirlas. Es así que, según el cristianismo, no hay otro que tenga ese poder más que el espíritu maligno: luego las operaciones espiritistas, en lo que tienen de realidad, son obra neta del espíritu maligno ó del demonio! El raciocinio no puede ser más concluyente.

Compendiémolos. Las operaciones espiritistas pertenecen á un orden sobrenatural, por confesión de sus sectarios y de los sabios que las han examinado.

Sólo dos pueden ser los autores de operaciones sobrenaturales: Dios, con su poder absoluto, y el demonio, con su poder limitado, pero siempre muy grande.

Razones clarísimas demuestran que las operaciones espiritistas no pueden ser obra de Dios.

Consecuencia infalible: luego son obra del diablo.

No serán pocos los despreocupados que suelten la carcajada al oírme pronunciar tan linda y tan redonda esta palabra. Los incrédulos decididos me llamarán fanático; cierta clase de católicos á su modo se contentarán con tildarme de crédulo en demasía. No me dirigiré á los primeros; ridículo sería que me empeñase en que creyesen en el diablo los que rehusan creer en Jesucristo. Voy derechamente á los segundos, á los que tengo por enemigos más peligrosos.

¿ Hay diablo ?

La existencia del diablo, ó sea de un espíritu superior que, seguido de otros, se reveló contra Dios y fué con-

denado al fuego eterno, donde se le permite continuar ejerciendo contra Dios y contra nosotros su rebeldía, es un dogma de fe católica. La doctrina católica enseña, además de la existencia del diablo, su intervención constante en nuestros asuntos para inducirnos al error y al pecado en odio contra Dios, y contra nuestras almas.

Y de tal suerte enseña la Iglesia Católica esta intervención real, efectiva y cotidiana del demonio en nuestros asuntos, que tiene prevenidos en su ritual una porción de exorcismos para conjurarlo en casos determinados. Hasta en muchos casos puramente naturales admite la Iglesia como posible la intervención diabólica, como son tempestades, enfermedades etc. Esta creencia en el diablo

y en su poder, permitido y limitado por Dios; esta creencia en su intervención práctica y ordinaria en muchos de los lances de nuestra vida, pertenece á la doctrina católica, y me atrevería á decir á la fe de todos los siglos y de todos los pueblos, y sólo una ilustración pedantesca ó un total desconocimiento de las ciencias teológicas, ó lo que es más frecuente, cierto principio de incredulidad pueden inducir á muchos católicos á considerarlo como superstición de mujeres.

Sucede con esto una cosa muy lamentable. Cierta clase de católicos (que no sé por qué se llaman tales) han dado en la flor de considerar al demonio como un personaje gracioso de comedia, dispuesto siempre á enredar entre bastidores y hacer derternillar

de risa al público con sus chistes y bufonadas. Sé que esta tradición dramática data de los albores de nuestro Teatro nacional y se halla en todos nuestros autos sacramentales, pero no por esto la encuentro más justificada. No, por Dios; el espíritu maligno es cosa muy seria para que sirva de muñeco de diversión á los, que necesitan divertirse con bufonadas; el desventurado que lanzó el primer grito de apostasía contra Dios, y que desde entonces capitanea la guerra eterna que se hace desde acá abajo contra El y su representante la Iglesia, no debe ser el polichinela de nuestros dramas.

Resultado de esto es que el diablo, y todo cuanto se refiere á sus operaciones, no sea para dichos católicos á su modo más que una mitología

de más ó menos buen gusto, un resorte épico ó dramático con que introducir lo maravilloso en un poema; no un hecho real, viviente en medio de nosotros, y sobre todo de una influencia eficaz y positiva, ni más ni menos que la del sol, de las estrellas y de las demás criaturas que pueblan el universo. Hay en muchas almas católicas un gran fondo de incredulidad. La maldita manía de aparentar luces y despreocupación, el necio desdén por las doctrinas antiguas por el mero hecho de no ser nuevas, el afán de distinguirse de lo que se llama rancias del escolasticismo, han dado margen á todo esto.

La creencia en el diablo y en sus operaciones, aún en el orden natural, pertenece, pues, á la doctrina católica, y no

puede negarse sin apartarse de ella. Pero si damos un paso más veremos que pertenece también á la verdad histórica, en esto, como en todo, acorde con las enseñanzas de la Teología.

Por despreocupados que seáis, tenéis que admitir un hecho en la Historia que la llena toda toda: es la magia. No hay pueblo alguno de la antigüedad sin *magia*, fuera del pueblo del verdadero Dios; los filósofos más eminentes, los más brillantes poetas, los grandes capitanes y hombres de Estado en naciones tan sabias como el Egipto, tan cultas como Grecia, ó tan positivas Roma, nos dan testimonio constante de la realidad de la magia. La magia constituye el fondo de todos los cultos idolátricos en el mundo antiguo. Y ahora hemos de

añadir que las exploraciones de los misioneros la encuentran en todas las naciones modernas no alumbradas por el Evangelio.

Puede fijarse en una palabra, como ley histórica que la magia ha llenado el mundo en todas partes donde no lo ha llenado la verdadera Religión, del mismo modo que la obscuridad cubre los puntos donde no llega la influencia de los rayos solares. Y puede fijarse como corolario otra ley análoga. La magia ha ido desapareciendo á proporción que ha ido extendiéndose la verdadera fé, como se retira la obscuridad á proporción que avanzan los rayos del sol.

¡Hablar de magia en el siglo veinte ¿No téméis poneros en ridículo con tales suposiciones?

No, lector, cualquiera que

seas, no; el orgullo de nuestros adelanto materiales, buenos y útiles como son en sí; el ruido de nuestras máquinas, la velocidad de nuestros trenes, los portentos de la electricidad, la preponderancia, tal vez excesiva, dada en nuestra educación á las ciencias físicas, en detrimento alguna vez de los estudios morales, nos han tornado á todos algo materialistas aun sin pensarlo. Nos hemos acostumbrado en demasía á las ciencias de lo que se ve, y se toca, y se huele; por esto se subleva nuestra mal habituada imaginación al oír hablar de fenómenos de un orden superior á los sentidos. Lo repito: creo en el demonio y en sus operaciones porque soy católico; creo en la magia y en su existencia porque soy católico y he hojeado la Historia; creo

que el espiritismo actual es la magia de frac y pantalón y sombrero redondo, como decía un mi amigo de buen humor.

La identidad entre el espiritismo moderno y la magia antigua no puede ser más visible. Es reconocida por varios autores espiritistas, que consideran la magia antigua como un espiritismo poco desarrollado ó en estado de atraso. Luego según su propio testimonio, el espiritismo de hoy es la magia perfeccionada, desarrollada, vestida con el traje de nuestro siglo (1).

En un salón de París, allá por el año 1850, en que la Iglesia aún no había hecho oír su voz contra las mesas giratorias y demás cosas de este género, algunas personas honradas á la vez que cristianas querían ver por sí mis-

mas aquella cuestión de actualidad. Colocaron al efecto un lápiz en las condiciones requeridas; en cuanto el lápiz se movió, preguntaron si el que lo hacía mover era algún espíritu bueno; el lápiz escribió:—Sí.

—¿Dónde estás?

—En el cielo.

—Pues bien; si eres un espíritu bueno, escribe: ¡Viva Jesús!

El lápiz escribió ¡Viva! acompañando esta palabra de algunos signos inciertos é inteligibles.

—Escribe claramente: ¡Viva Jesús!—dijeron.

(1) Sardá y Salvany

El lápiz por segunda vez, escribió: ¡Viva....! y se paró.

—En el nombre de Dios te mandamos que escribas: ¡Viva Jesús!

El lápiz escribió de nuevo:

!Viva....! después de algunos instantes de vacilación continuó moviéndose de una manera vertiginosa; se retiró el papel y se leyó: ¡Viva Satán!

Se quizo obligar más al espíritu; se trató de saber quien era; así se le preguntó.

—¿Estás condenado?

—Sí—respondió.

—¿Cómo te llamas?....

Lucifer.

Una objeción y una respuesta.

Para ciertos caletres tiene gran fuerza una argumentación que no quisiera me opusiese como dificultad seria y formal cualquiera de mis lectores. Quiero anticiparme á ella.

—Señor—me dirá cualquier testigo de las maravillas del

espiritismo,—yo admiro las buenas razones que me dáis; pero *obras son amores*, dice el refrán. Hechos son hechos, y los hechos del espiritismo nadie hay que me los niegue.

—Está muy bien. Y por esto yo no he combatido la existencia real de estos hechos. Sólo he querido probar que tales hechos son cosa muy perversa y nada limpia.

—Mas estos hechos proceden de los espíritus.

—Tampoco lo niego; precisamente he querido probaros que proceden de los espíritus malignos.

—¡Bah! y que procedan de buenos ó malos espíritus, ¿dejarán por esto de ser *hechos*? ¿Dejarán de ser *realidad*? Si necesito *curación*, curado quede yo, mas que me cure Satanás en persona. Si quiero saber el porvenir ó de mis

difuntos, sepa yo lo que quiero por más que, en vez de mis difuntos sea el diablo quien tome su voz. Lo dicho: ¿hay ó no hay *realidad*?

—Bien, muy bien. Quedaos pues, con tales *realidades*. Pero recordadlo: también es realidad el asesinato, y lo es el robo, y lo es el adulterio. El *hecho* no prueba más que la existencia de la cosa; pero no prueba su bondad, ni menos la verdad de sus doctrinas. Por esto el verdadero filósofo da más importancia á las *razones* que á los *hechos*, por más que tome á estos muy en cuenta. La verdadera filosofía está en juntar al examen de los *hechos* el exámen de las *razones* que los explican. Así obran los filósofos. Los que se fundan solo en los hechos sin admitir las razones, no son filósofos,

son puramente y simplemente testarudos.

O católico ó hereje.

Pero supongo yo que tú, amigo mío, eres todavía católico, y que al aficionarte al espiritismo no has querido con esto abjurar la Religión verdadera, sino acudir al cebo de la novedad. En este caso pesa bien esta última razón, que es la decisiva:

No es católico quien no admite en materias de fe y de costumbres lo que condena el Catolicismo ó la Iglesia católica.

Es así que la Iglesia católica ha condenado el espiritismo; luego no eres católico si eres espiritista.

—¿Es cierto que la Iglesia ha condenado el espiritismo?

— Certísimo. Y como no quiero detenerme en citar Pastorales de Obispos y declaraciones romanas que me ocuparían demasiado, quiero únicamente que me contestes á estas preguntas :

¿ Es condenado *ipso facto* por la Iglesia el sistema que niega los principales dogmas de la fe cristiana ?

Indudablemente que sí. Y en este caso más bien es el indicado sistema el que se aparta por sí mismo de la Iglesia, que no la Iglesia quien le condena.

Pues bien. En este caso se halla el espiritismo.

En sus obras hallarás negada la divinidad de Jesucristo. Según Allan Kardec, Jesucristo no fué más que un espíritu de superior jerarquía, encarnando en un cuerpo perfectí-

simo, que sin necesidad de *medium* se manifestó á los hombres. No fué la segunda persona de la Santísima Trinidad, Hijo Eterno de Dios y Redentor del género humano.

También se niega en el espiritismo la realidad de los milagros referidos por el Evangelio, inclusa la resurrección gloriosa de Cristo, que es el fundamento de nuestra fe. Todos ellos, según el citado autor, no fueron más que fenómenos espiritistas.

El espiritismo niega el pecado original, niega los premios y penas eternas de la vida futura, niega el dogma consolador y altamente filosófico del purgatorio, niega la utilidad del culto externo, niega la autoridad suprema de la Iglesia como maestra de verdad, niega la eficacia de

los santos Sacramentos. ¿Qué deja, pues, en pie el espiritismo? Nadie lo sabe de fijo; los espíritus que son sus maestros, muéstranse protestantes en Alemania; deístas frívolos y volterrianos en Francia; positivistas atroces en los Estados Unidos; místicos y casi mojigatos entre personas piadosas; alegres y divertidos y lascivos entre los muchachos del trueno. En la *Revista Espritista* de Sevilla se ven de cuándo en cuándo manifestaciones de espíritus de diferente humor. Uno de ellos, dado á la poesía, se desahoga en odas á la Divinidad; otro de Jerez de la Frontera debe ser de ideas muy republicanas y algo más, porque no habla sino de las ventajas de la Internacional y de la tiranía del capitalista sobre el jornalero. De suerte que el espiritismo, co-

mo el diablo, ó^{ta} como la mentira, que son una misma cosa, es blando y acomodaticio, y se adapta con nunca vista facilidad al vario humor de sus discípulos, desde las aficiones supersticiosas de unos, hasta las mismas fronteras del ateísmo en que viven otros. Sólo en una cosa convienen todos los espiritistas, y es este un síntoma mortal. Todos convienen en odiar al Catolicismo y al Papa, su cabeza. Con esto no pueden transigir. Sépaslo, pues, lector; no sólo el Catolicismo condena el espiritismo, sino que el espiritismo por sí propio se adelanta á declararse en todas partes enemigo mortal del Catolicismo. Es que Satanás sabe perfectamente quien le estorba. Por esta señal le conocerás á pesar de sus abigarrados disfraces (1)

(1) Sard i.



Bomba final.

Resumiendo cuanto del espiritismo hemos dicho, queda todo reducido á las conclusiones siguientes:

1. ^o Aunque parece [presentarse con caracteres de nueva doctrina que pretende nada menos que regenerar la sociedad, el espiritismo con otros nombres, es tan antiguo como el mundo. Los sacrificios de los pueblos antiguos, las brujerías y magias de la Edad Media, las supercherías sacrílegas de siempre, han sido y son lo que hoy son las manifestaciones espiritistas: obra del demonio para arrebatarse y

subyugar y hacer suyas las almas de los hombres.

2.ª La doctrina espiritista es contraria á la razón humana, está condenada en las Sagradas Escrituras y anatematizadas por la Iglesia católica apostólica romana, por enseñar cosas opuestas á toda verdad racional y á toda sensata filosofía y á la infinita justicia y misericordia de Dios, que se ha dignado decir á los hombres dónde está la verdad.

3.ª Las sesiones espiritistas son escuelas de mentira y de burla; en ellas se juega el capricho de los *mediums*, y de seguir sus indicaciones, la sociedad sería dominada por la soberbia de algunos titiriteros sin conciencia y sin pudor. Las que se verifican con intervención cierta de los espíritus están caracterizadas por el desorden, la impiedad y la

blasfemia y por todos los pecados capitales.

4. ^o El espiritismo no es ciencia; ciencia es sinónimo de verdad, y no puede ser verdad lo está inspirado por el demonio, padre de la mentira y del error. Por otra parte, muchos de sus conceptos fundamentales se contradicen entre sí, lo cual muestra que son falsos, como lo son las llamadas *ciencias espirituales*, etc., que de ellos se derivan.

5. ^o El espiritismo es inmoral en sus prácticas porque se prestan á abusos que revisten caracteres deshonestos marcadísimos, porque rebajan la dignidad humana, porque ofrecen ocasión de que unos hombres engañen á otros con grave perjuicio de los interesados.

6. ^o Es herético en sus enseñanzas porque da motivo á burlarse de la justicia de Dios,

á negar su providencia y á rebelarse contra sus amorosas determinaciones.

7. ^o Es una doctrina criminal porque cuando se practica destruye la salud de los hombres, los empuja al suicidio y trastorna sus facultades intelectuales y morales.

8. ^o y última. El espiritismo destruye todo lazo de familia, conmueve los fundamentos de la sociedad y tiende á hacer desaparecer el principio de autoridad, necesario para la vida de las colectividades.

En atención, pues, á que el espiritismo es absurdo, es inmoral, es criminal y es atentatorio á los derechos divinos y humanos, la SANTA IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ROMANA lo condena y lo anatematiza y con él a todos los que, sabiéndolo así ó no sabiéndolo,

persisten en creer en el espiritismo y en practicar sus enseñanzas.



(Con licencia eclesiástica).



